

EL CRITICISMO NOVENTAIOCHISTA Y JOSE ANTONIO

LA CONTINUIDAD DEL 98

ESE pulso, que había cesado ya en las venas de España cuando lo tomó la mano D. Francisco Silvela, el 16 de agosto de 1898, no volvió a latir en mucho tiempo. Pero no fué, en verdad, un colapso el diagnóstico exacto de aquella España, sino, más bien, una anemia perniciosa que de cuando en cuando hacía crisis, exacerbando su curso y haciéndose visible, sobre la costra muerta del país, con una escandalosa gota de sangre última y exánime. Hizo bien *la Literatura del Desastre* en no recibir la sangre del 98 como brote accidental de una herida reciente, sino en tomarla como lo que era: un síntoma más —el más doloroso y notorio si se quiere—, pero uno más en la crónica dolencia de España.

De ahí que enfrentarse con el 98 implicara, para quien tuviera el ánimo despierto y la actitud honesta, un enfrentamiento con España; entiéndase bien, con el tipo de España de que el 98 venía a ser máximo exponente; de ahí, también, que no cesara de golpear el proceso de descomposición; no cortado tampoco con la terapéutica enérgica y radical de salvación que hubiera podido detenerle, y que sólo dos décadas más tarde hubo de intentarse. La única reacción radical que registra en la vida nacional la verdadera gravedad y hondura histórica del fenómeno de descomposición, es una reacción *intelectual*: la de una generación de españoles que, por primera vez, se coloca *intelectualmente* —sólo *intelectualmente*, es cierto— al margen de esa España.

Por eso, quienquiera que en el futuro hubiera de intentar de veras esa terapéutica de salvación radical, necesariamente habría

de contar, en principio, con este primer brote de auténtica reacción española.

Así, José Antonio, que abre los ojos a los problemas españoles en un clima histórico —de la Dictadura a la República— que no es, en última instancia, sino la prolongación de aquel que recogió y fomentó la Restauración y la Regencia, tiene que tomar como primera referencia para su tarea salvadora la de aquellas voces que han levantado barrera mental contra el derrumbamiento. El 98 marca, pues, una fecha decisiva para toda futura tarea de salvación; pero esa fecha no es la del Desastre, que, al cabo, no es más que un síntoma más de la descomposición española, sino la de la *Literatura del Desastre*; la cual dispone, por primera vez, a una generación de españoles radical y enérgicamente enfrente de una España que había de continuar hasta 1936. La generación de Azorín, Unamuno, Ganivet, Baroja, Valle Inclán, Maeztu...

Tal continuidad en la decadencia, hará que las razones que enfrentaron a los hombres del 98 con su España parezcan, en gran parte, valederas al hombre de 1933, que es José Antonio, enfrentado a su vez con una España que es prolongación de la anterior y su consecuencia.

El propio José Antonio se considera, en este sentido, un hombre del 98: «nosotros —dice— los hombres nacidos del 98 acá»; tomando como referencia esa fecha en lo que tiene, repito, no de síntoma, sino de enfrentamiento. Y lógicamente, al hacerse problema de España, tiene que recoger declaradamente la visión crítica que la generación del 98 proporciona; luego veremos en qué medida y cuáles son las rectificaciones, exclusiones y aportaciones con que el pensamiento y la actitud toda de José Antonio reciben esa crítica, pero lo primero es recibirla, empalmar con ella, apoyarse en ella, para levantar luego el proyecto de la España que él quiso realizar.

RECEPCIÓN Y RECTIFICACIÓN DEL CRITICISMO

Por lo pronto, nos interesa señalar ahora cómo explícitamente reconoce José Antonio la continuidad de su pensamiento con esa actitud, y la vigencia de esa «crítica precursora», que «ha desbrozado mucho». «No venimos —dice— a execrar como antipatriotas a tantos y tantos críticos de España como se adelantaron a formular

nuestro descontento». «Su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España —añade— tendrá que ser también rigurosa»; con lo que comienza por plantearse, como medida de rigor para su entendimiento de España, el rigor de la crítica noventaiochista. El, como Azorín, buscará también «mo un patriotismo bullanguero y aparatoso, sino serio, digno, sólido, perdurable». En su discurso de 19 de mayo de 1935 declara abiertamente la fuente y el ejercicio de ese rigor, con estas palabras: «Porque yo os digo que no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. Y os diré que el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona ni poco ni mucho esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas de su pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esa decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e incommovible metafísica de España».

Ahora bien, la crítica propuesta a José Antonio por los escritores del 98 han de parecerle, *prima facie*, insuficiente. Ahondando más en ella podríamos descubrir también no poca excrecencia retórica, hacia la que se dejaron ir algunos de los hombres del 98 —Baroja y Valle, principalmente—; manifestación del sectarismo español que, pese a su grande inteligencia, no supieron eludir a tiempo. De momento, interesa subrayar, sobre la proyección total de la crítica noventaiochista, esas rectificaciones operadas por el pensamiento joseantoniano.

La crítica del 98 tiene, como es sabido, un doble haz: mira hacia el presente y hacia el pasado de España. En el primero, la rectificación de José Antonio operará por simple insuficiencia; en el segundo, en cambio, la divergencia será mayor, tanto que en ocasiones aparecerá como radical inconformidad, presentando un entendimiento de la historia nacional claramente diferente al expresado en general por los del 98.

En lo que hace a la crítica de la España vigente, es natural que, sobre las razones plasmadas en la crítica noventaiochista, juegen nuevos datos, aportados por la agravación del proceso de la descomposición española; datos que, entre otros, dicho sea de paso, habrán de apuntar asimismo a la actitud humana, completa —no

a la puramente intelectual—, adoptada por los hombres del 98 frente al problema de España.

Es verdad que la crítica del 98 cruza de punta a cabo toda la vida española que encuentra ante sí: desde la recatada existencia del *pueblecito* azoriniano, hasta el ágora política central del reino, «el Parlamento, esa catedral de la mentira», como dirá Unamuno. No se trata, por eso, de una crítica específicamente política, sino que alcanza toda la realidad española; basta repasar algunos textos unamunianos, por ejemplo, para darse cuenta de la amplitud de ella: allí se habla de la incultura general del pueblo que «no quiere leer sino que le lean y reciten, y por eso —añade D. Miguel— cobran aquí reputación y fama antes el orador que el escritor»; de la ramplonería ambiente; de la falta de intimidad; de «la soberbia colectiva que no se vierte en obras por temor al fracaso»; de «la sobra de codicia unida a la falta de ambición» en que fermenta la existencia histórica española, etc., etc. También Azorín va subrayando, a lo largo de toda su producción literaria, la «enorme tristeza de nuestra España», que traspassa, como un suspiro de impotencia, todas las capas de la sociedad entonces vigente, desde la de vida más elemental hasta la más refinada y completa, y alcanza a todas las generaciones de españoles coetáneos; incluso a la juventud de su propio tiempo, de la que dice que, «como la otra juventud pasada, la vejez de hoy no tiene alientos para remontarse sobre las miserias de la vida».

En cuanto al área específicamente política, he aquí la síntesis fidedigna que nos proporciona Baroja de lo que era la España de la Regencia: «Enfrente de la inmoralidad, de la chabacanería y de la ramplonería de los políticos —dice—, no había en la España de la Regencia nada organizado. El republicanismo nuestro era un amaneramiento, una retórica vieja con la matriz estéril; el socialismo obrerista odiaba a los intelectuales y hasta a la inteligencia, y el anarquismo se manifestaba místico, vagoroso y utópico, y los dos separatismos aparecidos en aquella época, el catalán y el vascongado, por su egoísmo y su mezquindad, no tenían atractivo más que para gente un poco baja».

El cariz de la vida pública española empeora notablemente en el lapso de tiempo que separa semejante cuadro noventaiochista del momento en que tiene lugar el planteamiento joseantoniano. La descomposición ha llegado, en vertiginosa carrera, a extremos de paroxismo ante los cuales la crítica pasada tiene ya visos de es-

tampa optimista. «Cuando los hombres de nuestra generación abrimos los ojos —dice José Antonio— nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y todas las pugnas «cautiva de los más feos y torpes maleficios», sobre la que, además, habían dejado sentir su fracaso dos ensayos distintos y prometedores de fecundar la vida española: la Dictadura y la República. Una España donde los hombres, irreconciliablemente divididos, andaban ya matándose por los caminos, y cuyas tierras interiores habían levantado decididamente la bandera separatista, triunfante antaño en las provincias exteriores; una España en la que «la cuestión social» había dejado de ser un tema de zarzuela, para convertirse en cuestión máxima de la vida pública. Una España, en suma, en inminente peligro de definitiva desaparición, inerte ante la más grande catástrofe de los tiempos modernos, cuya amenaza José Antonio, muy antes que otros, presintiera: «la nueva invasión de los bárbaros».

Tras la bancarrota colonial del Desastre, la crítica noventaiochista tiene todavía un campo interno —residual— a salvo, por el momento, sobre el que operar, planteando una operación regenerativa a largo plazo —valga la expresión—; con la descomposición interna, exacerbada por la República, ya nada queda en pie, y es la existencia misma de España lo que requiere una urgente quirúrgica intervención. De ahí que, frente a esa situación, no sólo se haya quedado chica la crítica, sino que no *baste* el mero criticismo, y la actitud humana ante ella haya de ser radicalmente diferente a la observada por los del 98.

Pero aludamos, primero, a la divergencia más radical existente también en lo que al segundo plano de la crítica noventaiochista se refiere: aquel que mira al pasado histórico de España, y cuya más caracterizadora posición es la sustentada por Unamuno, Azorín, Ganivet y Baroja.

La repulsa del 98 hacia el pasado histórico de España llega, no menos, que hasta los Reyes Católicos; en el pórtico renacentista de nuestra Edad Clásica se detiene el amor alegre a la España pretérita y empieza el amor amargo. Sabido es cómo profesan los hombres de esa generación una suerte de medievalismo, estético e intelectual, que rechaza, en términos generales, la grande empresa del Imperio, como desvirtuadora de las posibilidades españolas; el Renacimiento puramente español —lo que hubiera convertido a España «en una Grecia cristiana», según Ganivet— «quedó in-

completo, por la desviación histórica a que la fatalidad nos arrastró». «El descubrimiento de América —dice Antonio Azorín— acaba de realizar la obra de la Reconquista; acaba por transformar al español en hombre de acción, irreflexivo, impoético, cerrado a toda sensación de intimidad estética, propio a la declamación aparatosa, a la bambolla retumbante». Unamuno, por su parte, cierra también contra la preponderancia que, desde esa época, deja sentir la «casta histórica o castiza» sobre la «casta íntima y eterna», donde se esconde la verdadera tradición española y todas sus posibilidades para el futuro.

Para José Antonio, por el contrario, partiendo de su concepto de la patria como empresa histórica, como «unidad de destino en lo universal», ese interiorismo neventaiochista no es, en absoluto, valedero. Ahí está, justamente, en ese concepto misional, la clave de la aceptación joseantoniana del pasado histórico. «A las naciones —dice— se les conoce desde los contornos en que cumplen un propio universal destino. Así es nación España —añade—. Se dijera que su destino universal, *el que iba a darle el toque máximo de nación*, aguardaba el instante de verla unida. Las tres últimas décadas del quince asisten atónitas a los dos logros que bastarían, por su tamaño, para llenar un siglo cada uno: apenas se cierra la dispersión de los pueblos de España, se abren para España —allá van los almirantes vascos en naves de Castilla— todos los caminos del mundo». El pasado que corresponde, pues, a esa exaltación de la misión universal de España, a su realización máxima, es también, para José Antonio, el máximo ejemplar pasado español: «Afirmamos —dice el Punto 3.º de la Falange, mirando hacia el pasado— que la plenitud histórica de España es el Imperio». Y tal es también, como veremos, el sentido que encierra el castellanismismo de José Antonio, su universalidad.

Así, pues, el coto del pasado valorable para unos y otros es diferente; un punto de coincidencia, empero, liga a José Antonio con la generación del 98 en este aspecto: que, como ellos, rechaza limpiamente «las gruesas interpretaciones del pasado». «Nosotros, estudiantes —dice en «Haz»—, nos os llamamos con la invocación del nombre de España a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar, bajo los escombros de una España detestable, la clave enterrada de una España exacta y difícil».

La maniobra crítica frente al pasado había sido, en los hombres

del 98, por más radical, más simplista y menos serenamente planteada. Para José Antonio, se trata de una tarea más difícil, pero también más justa, puesto que lleva a proyectar, sobre el mismo plano en el que desbarra la gruesa patriotería española sin continencia ni autenticidad, el rigor que se hace exigencia de pureza y de verdad en el alma de los del 98. Las glorias «castizas» de Unamuno pasan a ser, bajo la clásica proyección de José Antonio, gloria española eterna, encarnación máxima de una patria «no para ensalzada en gruesas efusiones, sino para entendida y sentida como ejecutora de un gran destino».

La otra España, la España medieval, románticamente dilecta por los hombres del 98, queda, bajo la clásica contemplación de José Antonio, en una España puramente preliminar; con el encanto estético, si se quiere, de una estampa primitiva, pero sin esa serena rotundidad de lienzo clásico que tiene su visión del viejo Imperio perdido: «que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica».

INTELECTUALES «DE CELDA» E INTELECTUALES DE SERVICIO

Ya hemos apuntado que la postura de la generación del 98 fué puramente *intelectual*, y que el proceso de la descomposición española signió camino, indiferente a esa actitud crítica, hasta llegar a un punto —el momento en que José Antonio se hace problema de España— en que tal posición ya no basta como actitud española. Le falta, en grado ya de trágica ausencia, lo que acaso le faltó desde un principio, y el propio José Antonio habría de reprochar a esa generación: «que no añadiera a su crítica *mayor efusión*».

Hay en la crítica noventaiochista —con todos sus posibles excesos y románticas desviaciones—, puro, innegable, y sincero dolor: «me duele España», ha dicho por todos ellos D. Miguel; pero a ese dolor le falta el reactivo humano preciso para convertirlo en acción.

La actitud humana que sigue a la crítica intelectual de los hombres del 98 es, en el fondo, una actitud de fracaso, de evasión, de huida hacia la solitaria torre de marfil envuelta en vapores literarios y preocupaciones esteticistas. Ninguno de esos hombres se vuelca de lleno y decididamente en una empresa total de salva-

ción. Digámoslo claro: en una empresa política. «Un hombre un poco digno —ha dicho Baroja— no podía ser en ese tiempo más que un solitario»; «no hay cosa más abyecta que un político», añade Azorín. Unánime, por su parte, a quien, como ha dicho gráficamente Melchor Fernández Almagro, «España le da vueltas», se hunde en la corriente impetuosa, disociadora y anárquica de su retórica gritada a los cuatro vientos. Al tiempo que Valle se lanza desesperadamente al *esperpento*, Baroja se pierde en las memorias de hombres de acción y sin destino, y Machado, el que oyó «cantar los gallos de la aurora», ya sólo tiene arrestos para soñar, desde su celda, en una posible juventud liberadora: «Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre— la voluntad te llega, irás a tu aventura...», reconociendo la quiebra de la voluntad generacional que les engarzó a todos un día en el camino de España. Es la misma postura que, algo más tarde, le hará decir a Ortega, mientras vuelve la espalda al camino de la acción, su frase lapidaria: «la política es una facna de segunda clase».

José Antonio también, como intelectual, es «de los que aspiraron a vivir en su celda»; pero su voluntad de servicio, la *efusión* que ha añadido a la crítica de España, le impedirá aislarse en ella. «Nuestra época, dirá, no es ya para la soberbia de los esteticistas solitarios». No da cuartel. «Hoy —añade— hay que servir». Y ese es, justamente, el sentido entero de su reproche a la generación del 98, hecho extensivo en un famoso artículo a la actitud de D. José Ortega y Gasset. «Hay coyunturas —dice allí— de conmoción del mundo o de la patria, en que puede resultar monstruoso permanecer bajo la lámpara de la propia celda».

Eso por un lado. Por otro, el reproche se dirige rectamente al señalamiento de la responsabilidad que entraña aquella actitud solamente intelectual, crítica, no secundada por una completa actitud humana, sino perdida luego en una postura de renunciamiento, apartamiento y desencanto: «los conductores —dice— no tienen derecho al desencanto». No tienen derecho a imponerse tampoco pena de silencio «porque —de los hombres del 98, como de Ortega— no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejaron a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando».

José Antonio pone, en cambio, en pleno juego esa doble voz de mando y profecía, y no se aparta; en medio de la torrencera del

vivir le encuentra el destino de su patria, y allí entrega su existencia, puesta íntegra en juego por una España, en verdad, más aún que criticada, amada por entero.

EL MÉTODO INTELECTUAL.

Con todo, la generación del 98 guarda una España ideal, que dulcifica en su corazón los posos del amor amargo. Un sueño de España, que no será unánime, como en definitiva tampoco lo es su criticismo, pero que, como éste, guarda ese tono generacional tan bien puesto de relieve por el libro de Pedro Laín.

Pero, antes de entrar, siquiera tangencialmente, en lo que el tono común de esa visión ideal de España pueda tener de parangón con el proyecto español de José Antonio, menester será decir algo acerca del método intelectual del 98.

Rectifiquemos en seguida. Es claro que, menos aún que en lo que hace al proyecto de España, hay aquí posibilidad de hallar un método único. El método del escritor, su técnica, es lo más libre, lo menos reducible a común denominador que pueda suponerse. No se trata, pues, del método propiamente dicho —el empleo agnóstico de los contradictorios, de Unamuno; el quietismo pormemorizador, de Azorín; el dinamista, de Baroja, etc.— sino, más bien, de algo que parece un truco comunal aunque, realmente, no sea más que una honrada —y exasperada— deformidad de la técnica empleada para suscitar un determinado mundo de emociones y cogitaciones; y, aún más que de técnica o de truco, trátase de la parte misma de mundo sobre la que emplean su método propiamente dicho, y con cuya visión intentan los del 98 sobrecoger y moldear luego el ánimo del lector español de su tiempo.

Y eso sí que es común, y aparece como *leit motiv* de las distintas melodías. Tiene, incluso, un nombre propio, impuesto por alguien de la misma generación. Es una cara de España; la que un gran pintor de la misma fila —Darío de Regoyos— iba buscando y recogiendo declaradamente en una carpeta de dibujos memorables, mientras acompañaba el itinerario del poeta belga Verhaeren por nuestro país. Es «la España negra». El perfil típico que acaparó el arte del 98 en toda su extensión, desde la literatura a la pintura. Es el tipismo del pintor máximo de la generación, de Zuloaga; un tipismo que —como dice Melchor Fernández Almagro—

gro-- «casi por definición no excluye deformaciones, y aún las apotece, en la figura y en el paisaje». Es el *unilateralismo* y, ¿por qué no decirlo? el *sectarismo* con que todos ellos se aplican a realizar, en su época más significativa e influyente, lo que el propio F. Almagro ha llamado «una especie de caricatura transcendental de España».

Se trataba de no asomarse más que sobre la perspectiva dramática, triste y negra de España; sobre sus tipos esperpénticos, su inmundicia, su desorden, su penuria o su incapacidad; prescindiendo, *a lúmines*, de otras perspectivas más alegres, no acercándose siquiera a su posibilidad.

El tema de España, para José Antonio, carece, por el contrario, de ese unilateralismo que, como tal, proporciona necesariamente una visión parcial y fragmentada de la realidad española. No que, para José Antonio, no abundara España en esa vertiente oscura; que ya vimos cómo fué denunciada por él en toda su entidad, sino que tuvo conciencia de que ella *no era la única*; de que al otro lado del promontorio criticista se abría un panorama más alegre que *también* pertenecía a la realidad española. Ese *también*, es el arco clásico por el que no pasaron los escritores del 98. Herederos directos del Romanticismo, se enquistaron en el regusto romántico por la ruina, por el *amargo jaramago* que cubría la vejez de España; cierto que no para ensalzarlo o deleitarse en él, como haría un buen romántico, sino para denostarlo; pero el caso es que allí detuvieron su mirada y no fueron a más.

Y ya en la raíz del método general de José Antonio está el empeño fundamental de no perderse en el callejón de ningún fragmentarismo, plantándose, con ademán superador e innovador, en el alto promontorio desde el que contemplar abarcadoramente la existencia.

En otro número de esta misma REVISTA me he ocupado en señalar, con mayor detenimiento, el valor excepcional que en la vida y la política española, perdida en secular sectarismo, tiene este afán esencial de síntesis y unidad que movió todo el pensamiento de José Antonio. Baste recordar aquí cómo, sobre la inarmónica dispersión española —en *cuerdas*, clases, partidos, regionalismos irreconciliables— coloca José Antonio un principio de armonía, «una norma —dice— de todos nuestros actos»; la cual no es otra que la eliminación radical del sectarismo en el enfoque del pasado y del presente, de la realidad y de la idealidad de España.

Esa fórmula halla su máxima expresión en el terreno de lo político: «Nosotros —dice— colocamos esa norma, y ahí está lo más profundo de nuestro Movimiento, en la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria». Pero no se piense que se trata meramente de una fórmula política; esa *integridad*, perseguida como perspectiva superior, obedece a una norma general del pensamiento; es una consigna de método con que enfocar todos los problemas, filosóficos, sociológicos, políticos y hasta estéticos. Más aún, es —dicho a nuestro gusto— una norma fundamentalmente configuradora de la *manera de ser* propuesta por José Antonio a las nuevas generaciones españolas. Se trata de superar con ella ese espíritu disociativo, dualista y polarizador que Unamuno señalaba como una de las características de nuestra casta histórica o «castiza», pero en el que el propio Unamuno cayera, tal vez —como dice Laín— a «consecuencia de su españolísima casta».

Ese espíritu sintetizador e integrador lleva a José Antonio a reprochar al 98 el sentido sectario que, por parcial, puede hallarse en su crítica de la realidad española. José Antonio, en efecto, aspiraba a no *mutilarse* el alma ante España, ni en lo político ni en lo intelectual. Quería «hallar la visión armoniosa y entera de una España que no se ve del todo si se mira de un lado, que sólo se entiende mirando la cara a cara, con el alma y los ojos abiertos». Por eso, en la cuenta de los críticos de España, lo que cargaba no era ni el propósito ni la veracidad de su criticismo, sino su *unilateralidad*; de la misma suerte que repudiaba el unilateralismo de los que profesaban la beatería patrioter de España, cerrando los oídos a toda palabra que se alejase de la charanga patriótica al uso.

El sentido auténtico y veraz de España, con su cara y su cruz, con virtudes y defectos, formas y deformidades, era lo que echaba de menos José Antonio. «Este sentido de España —decía— se nos había ido arrancando implacablemente; de una parte, por la ironía corrosiva; de otra, por la tosca falsificación. Algunos, en busca de la elegancia, se volvían de espaldas a nuestras cosas; los otros caían en la gruesa vaciedad de convertir en caricatura patrioter esta cosa delicada y exacta de España. Y así se vió que, entre las dos corrientes de la ironía y de la ordinariez, pudo llegar un momento en que casi todos los que aspiraban a sentirse fuera de la ordinariez o libres de la ironía se fuesen alejando de

España, fuesen expulsando de su alma, como si fuera una claudicación, este apego a España.»

Cuando José Antonio volvía los ojos hacia la *negra* noventaiochista de España, no eludía su tenebrosa caracterización; pero no extendía tampoco el luto de esa España más allá de las zonas verdaderamente huérfanas de fecundidad o de alegría. «Gran parte de la tierra española —decía, por ejemplo— es ancha, triste, seca, destartada, huesuda; como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura.» Pero nótese que, en este párrafo, da la medida de la ponderación integradora, y con ella la de la posibilidad de *otra* España existente y real, ese *gran parte* con que comienza su señalamiento.

Junto a esa España negra, levántase la España alegre de José Antonio; el reconocimiento de la existencia de tierras y hombres de la España real con un signo positivo en el que apoyar inmediatamente la posibilidad de un renacimiento. Hay, por dondequiera, en los textos joseantonianos, el reconocimiento de una fecundidad, de una alegría, de una hermosura en parte de la tierra española; de unas «buenas cualidades entrañables» en sus hombres que constituyen «la riqueza» del pueblo español, frente a «su pereza y sus malos hábitos»; y son tenidas en cuenta con el mismo realismo y con no menos amor que el empleado para verificar dolorosamente la existencia de la otra vertiente detestable. «Nuestra tierra —dice— es muy rica; nuestra tierra es capaz de proporcionar una vida digna y humana a doble número de españoles de los que hoy viven en ella.» O cuando canta a la laboriosa tierra de Cataluña; o a la verde tierra de Vasconia; o a la tierra dorada de Andalucía.

Hay que trazar también el distinto sentido que la tierra de Castilla, parejamente centralizada bajo la visión del 98 y la de José Antonio, encierra, sin embargo, para uno y otros.

Hay, en la manera de contemplar a Castilla por los del 98, ternura y dramatismo; más lo segundo que lo primero. Y, lo que es más importante, Castilla presenta, sobre todo para Unamuno, una dimensión trascendente a la del mero esteticismo; ciertamente que Castilla se ha elegido por ellos en virtud de un significado específico, de un sentido histórico que trasciende más allá del color de los campos y de la actualidad del mismo contemplador. Pero su trascendencia es, digamos, una trascendencia *a muerte*,

«que seca el alma. «Campo infinito —dice Unamuno— en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que se siente, en medio de la sequía de los campos, sequedades del alma.»

En apariencia, esa visión coincide con la de José Antonio. También la Castilla de Unamuno parece la «tierra absoluta» de José Antonio. «Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regatcados en asambleas, sino que es la tierra: la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso de la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes.»

Pero, si bien se mira, una diferencia fundamental salta a la vista; ésta: en el 98, ese paisaje adusto de Castilla, ese paisaje trágico y angustiado, está, en primer lugar, vacío de misión, seco; es, en el mejor de los casos, una invención literaria: «A nuestra Castilla —dice Azorín— la ha hecho la literatura».

En segundo término, la Castilla que no es un puro producto literario corresponde, como producto histórico, a una zona del pasado denostada por el 98; la zona de la «casta histórica o castiza» de Unamuno; la de la desviación postrenacentista de las auténticas posibilidades españolas. Esa Castilla es, en definitiva, la viva imagen de una España malograda; de ahí que su contemplación suscite, sobre toda ternura esteticista, un sentimiento central: la melancolía que se siente ante toda frustración humana, ante todo proyecto de existencia agotado entre las sombras adversas del destino.

José Antonio, en cambio, frente a esa «tierra absoluta» de Castilla siente, aparte coincidencias escuetamente literarias, dos vivencias claramente definibles, de orden trascendente e histórico, que están enteramente situadas en línea fronteriza a la del 98: en primer lugar, la «tierra absoluta» de Castilla está llena de fecundo contenido espiritual, jugosa de jugo interior; en su externa sequedad encierra la linfa viva de la historia; es —repetamos sus mismas palabras— «depositaria de valores eternos»; valores que, antes que secarlo, inundan el corazón de vida interior y fecundan las vías de la Historia. Es una tierra de misión, donde pueden nutrirse todos los afanes impulsores del destino.

En segundo lugar, el espíritu de esa Castilla expresa, como ninguna otra tierra de España, el sentido máximo que llevó a nuestra nación a los más altos alcances del pasado histórico: su *universalidad*. La tierra de Castilla suscita en el ánimo de José Antonio, como es consiguiente, no una sensación de *melancolía* por lo que pudo haber sido y no fué, sino de *nostalgia* de lo que efectivamente fué, y, siendo, marcó la cumbre de nuestra historia. «Y así Castilla —dice—, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que aspirar siempre a ser Imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca; Castilla sólo ha podido entender lo universal... Así Castilla, esta tierra esmaltada de nombres maravillosos —Tordecillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres—, esta tierra de Chancillerías, de ferias y castillos, es decir, de Justicia, Milicia y Comercio, *nos hace entender cómo fué aquella España que no tenemos ya*, y nos aprieta el corazón con la *nostalgia* de su ausencia.»

Castilla es, pues, para el 98, dolor, sequedad, melancolía; para José Antonio, nostalgia, ejemplo y acicate hacia el mañana.

EL PROYECTO DE ESPAÑA

Y aludamos ahora, puesto que nos hemos referido a ella, a la manera de proyectar la España futura en el 98, y sus posibles prolongaciones en José Antonio; si bien advirtiendo que lo haremos sólo de camino, puesto que aquí de lo que se trata más bien es de considerar la postura crítica de esa generación; el haz y no el envés de su visión de España.

En este punto hay, ante todo, una divergencia radical que casi excusaría toda indagación; y es que cuanto para José Antonio es *proyecto* de España, para los del 98 no pasa de ser, como ha observado certeramente Laín Entralgo, puro *sueño*, especulación pura, casi sin amarras en la carne viva del pueblo.

Dejemos empero, la averiguación de cuál sea la trama intelectual de ese mero soñar, y fijémonos sólo en que, en cambio, el proyecto de España en José Antonio implica ya, de propósito, algo más que una operación intelectual; es una entera empresa histórica, que lleva consigo el montaje en gran estilo de toda una política militante, en contacto directo con las realidades españo-

las; de toda una *organización* —en el plenario sentido de este vocablo— de las fuerzas sociales y espirituales de España. Eso sin contar con que semejante operación implica también, previamente, esa decisión vital de alistarse en una empresa, a la que ya hemos aludido, y cuyo trágico sentido subrayara, con plena conciencia, el propio José Antonio frente a la dispersa y meramente intelectual posición crítica del 98.

Sin embargo, de ese sueño de España hay algo que llega como una semilla fecunda al pensamiento despierto de José Antonio. Esto: un afán de totalidad, de replanteamiento entero y de raíz de la vida española; un intento de transformación del modo de ser hombre de los españoles, que, aun formulado políticamente, se coloca francamente al margen de lo que, en los políticos al uso, era simple programación de unos propósitos fragmentarios para aplicados como cataplasmas sobre el cuerpo depauperado de España.

Ese es el común denominador, sobre todas las divergencias existentes entre los miembros de la generación del 98; y ahí está el punto de empalme con José Antonio. «No espero nada de la japonsización de España —le dice Unamuno, en una carta, a Azorín, aludiendo a los planes de industrialización y mejora agrícolas de aquél—; lo que el pueblo español necesita —añade— es cobrar confianza en sí, aprender a pensar y sentir por sí mismo, y, sobre todo, tener un sentimiento y un ideal propio acerca de la vida y de su valor.»

Sobre todo Unamuno, y también Ganivet, enuncian ya, en la nebulosa de su sueño de España, dos grandes ideas claves que José Antonio había luego de formular orgánicamente: una, la persecución de un nuevo modo de ser para los españoles; otra, la consecución de una síntesis superior española, como fórmula de convivencia y expresión del entero destino nacional. Piénsese si no hay de ello un eco en estos dos enunciados del 98: el hombre «quijotizado», el hombre nuevo de España que busca Unamuno: aquel que haya llegado —decía— «a un modo de concebir y sentir la vida religiosa y la libertad de la conciencia cristiana enteramente distinto del modo como hoy la conciben y sienten los más de los españoles». Y, en fin, la recuperación del «sentido sintético» con el que acabar con la permanente guerra civil española, que postula Ganivet como uno de los motivos centrales de su *Ideario*.

Baste con esto aquí, para apuntar cómo la posible herencia noventaiochista en el pensamiento de José Antonio no se limita a un criticismo, cuyos perfiles modifica y clarifica la mente clásica del Fundador; sino que tiene prolongaciones visibles en la proyectada arquitectura de su España.

Y haste también para que nuestro enlace con la generación del 98 sea menos arisco, menos cerrado y antipático, que acaso le forzó a ser la considerable muralla mental que la pertinaz Derecha española volcó sobre nuestras filas balbucientes de después de la guerra. Que el *problema* de España es, todavía, un tema vivo, palpitante y doloroso; porque su enunciación no brotó —como parecen creer algunos— del malhumor occidental de un grupo de españoles, sino de un turbia raíz que profundiza en la entraña de la historia. Lo que hay que hacer es sacarlo crudamente a la luz como hicieron los del 98, y enfrentarse luego con él, fuera de toda bandería: con el alma y los ojos abiertos, como hizo José Antonio.

GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA